



La bandada que la persigue desde el atardecer huele la muerte, atenta a los movimientos lentos, al chorro de vapor que se acorta y debilita en cada exhalación. Las gaviotas alertan de que no le queda mucho tiempo; si perseveran, cuando llegue la noche será suya, empezarán el banquete por los ojos y la piel, se darán un festín con la grasa tierna. Son las únicas invitadas, ya no quedan lobos ni alimañas que escuchen la llamada, huelan la sangre, y bajen del bosque; ningún animal salvaje peleará a dentelladas por arrancarle un bocado a la montaña de carne. Tampoco los sapiens. Hace siglos que abandonaron sus atalayas. Ningún animal humano apostado en los salientes de los montes o en los riscos de los acantilados, alerta a los graznidos excitados y al rumor lejano de los sifones.

Los hombres y sus presas se deslizan sobre la masa oceánica en el vientre de los buques. Avanzan satisfechos hacia la corona de luces que puntea la tierra, ajenos al movimiento marino. Ninguna captura más. La costera del bonito se acaba por este año, son órdenes de arriba, y aunque las aguas rebozan de peces tienen obligación de parar, las cuotas son las cuotas. Los últimos atuneros vuelven a casa. En menos de media





hora tocarán tierra, descargarán la mercancía y asunto terminado. La excitación y la prisa por llegar a la lonja pueden más que el cansancio de meses y los marineros ejecutan sus tareas con precisión. El engranaje orgánico del que depende el éxito de la travesía funciona en simbiosis perfecta con la máquina.

Entrada a puerto. Error humano cero. Atención plena.

Mamadou vigila la popa del *Ortzi*; los ojos redondos y saltones escrutan la superficie del mar, el manto negro recorrido por las serpientes de espuma que parecen llamarle. El coro que le acompaña en sus noches oceánicas desde que sucedió la tragedia murmura:

Libú, Mamadou Libú, búho Mamadou, atento hermano, va a pasar algo.

Aguza la vista. Es el mejor *mirador* de toda la costa vasca, pero la estela blanca le impide distinguir formas en el agua. Aguza el oído, pero tampoco consigue rastrear las voces marinas. El fraseo de las aves se pierde entre el griterío humano de órdenes y palmadas, los golpes incesantes de las cajas, el resbalar mordiente de las poleas, los silbidos de los cabos... Los otros corren, limpian, recogen aparejos, maniobran, colocan defensas, cargan, hablan por radio, controlan, dan órdenes. No están atentos al oleaje, ni al viento, ni a los graznidos, ni al corte de la aleta al rasgar el agua, ni al palmeo en la inmersión. Nadie mira hacia el negro absoluto donde mar y cielo son lo mismo. Solo Mamadou Libú mira. Persigue las pinceladas fulgurantes de grises y blancos moviéndose hacia... ¿hacia dónde? Están y no están, parecen girar sobre un punto y luego no. La luna pobre no basta para adivinar la dirección del vuelo de la bandada. Hay algo grande moviéndose cerca, sí, nota el impacto de una ola contra el casco, el ligero empuje generado por una embarcación que se acerca; aunque no hay barcos a babor, no hay ni una luz de posición, son los últimos. Si estuvieran lejos de la costa, Libú sospecharía de un buque





fantasma, otro depredador, otro asesino que ha apagado las luces por temor a una patrullera; el monstruo navegando a oscuras, cegado y ciego, sin importarle qué o quién se cruza en su camino, a quién arrolla, quién cae al agua y es tragado para siempre, y se convierte en fantasma, en espuma, en ola, en voz que alerta de los peligros.

Hermano Libú, estamos aquí, escúchanos.

Mamadou no está en la piragua, no está en la puerta del infierno, no está en el mar de los ladrones, en los océanos sin ley ni justicia; está en aguas civilizadas donde no se roba, ni se mata, y cuando suena el silbato dando la orden de retirada los pesqueros obedecen, recogen el aparejo y vuelven a casa. Está a salvo, en la cubierta del *Ortzi*, en el Golfo de Vizcaya, y ese movimiento no lo produce un furtivo.

Abre los ojos, Mamadou, está avanzando bajo el agua. Hacia vosotros.

Ve una mancha blanca que flota durante unos segundos y vuelve a hundirse. Un plástico más, quizá, una tapa de algún bidón. O solo reflejos. O una boya que se ha soltado de una nasa. Luego una curva perfecta, los brillos de un lomo. ¿Delfines?

Ve un chorro blanco, no muy alto.

¿Ballenas? ¿Son ballenas? No puede ser, estamos entrando a puerto. No nos sigas, vete, es peligroso, hay mucha arena en esta ría. Vuelve atrás, vamos. Da la vuelta.

Al jefe no le gusta que Mamadou hable con la noche, que murmure a solas, como un viejo marinero loco poseído por las supersticiones y los demonios.

—¿Ya estás relatando otra vez, Libú? ¿Qué haces ahí parado?, no hay nada que mirar a popa. A bodega, deprisa. Vamos, vamos.

No escuches, Mamadou, no te dejes. Nosotros te convertimos en búho para que cumplieras con tu destino. La salvación tiene un precio, ¿o es que nos has olvidado?





Libú echa un último vistazo a la masa oceánica. No hay más pesqueros detrás. Ningún chorro elevándose hacia el cielo, ningún resplandor blanco en el horizonte.

Es de las nuestras. La hemos traído hasta aquí para que cumplas con tu destino. No la abandones, Mamadou. No nos abandones.

Ballenas.

Ballenas.

Ballenas.





BALLENAS

Los chorros blancos contra el cielo gris tormentoso. Una V bien formada y luego otra y luego otra y dos más pequeñas. Brotan rítmicamente de la superficie agitada del mar. Un grupo de ballenas adultas con sus ballenatos se desplaza hacia el suroeste, acercándose a la costa. Nadan tranquilas, sus sensores no han detectado ningún peligro, ningún depredador al acecho; no hay orcas en esas aguas, ni calamares gigantes.

Solo HOMBRES

Un arco humano preparado para lanzar la flecha contra su presa. Decenas de hombres apostados en los salientes de los montes y en los riscos de los acantilados; calados hasta los huesos, con los calzones pegados a la piel y el frío mordiendo desde los tobillos como hormigas furiosas. Quietos como árboles, plantados allí desde siempre. Bajaron la guardia durante la tormenta, mientras la lluvia fuerte cegaba el horizonte y las ballenas avanzaban detrás del telón de agua. Ahora el mundo vuelve a ser una sábana grisácea donde distinguir líneas blancas en movimiento: la verticalidad de los chorros blancos, la verticalidad de las velas blancas. El atalayero cierra los ojos, aprieta los párpados, cuenta hasta cinco y vuelve a abrirlos. No





puede equivocarse, esta vez no porque la mar está brava y si da la alerta, los hombres saldrán. Llevan más de un mes sin salir, no van a dudarlo. Si dudan, perderán la presa. Si dudan, otros serán los primeros en clavar el arpón. Si dudan, se quedarán sin nada otra vez. La temporada se acaba y ni una sola *sarda*.

Son ballenas, sí. Cuatro o cinco adultas y dos crías, rumbo suroeste, atravesando la masa de agua rizada, en dirección opuesta a los cúmulos negros. El atalayero ceba el fuego; el humo asciende, denso y negro, emite el mensaje claro de alerta. Fumarolas blancas, fumarolas negras.

Ballenas.

Ballenas.

Ballenas.

NIÑAS

Hacen equipos y apuestan. Son cazadoras de culebras voladoras, malignas culebras de humo que se enroscan y se estiran como demonios del infierno. Gana quien ve primero. Gana quien llega primero a la iglesia. ¡Mira, mira, mira! ¡Humo, humo, humo! ¡*Baleak, baleak, baleak!* ¡Mía, mía, mía! ¡Corre, corre, corre! Desde los caseríos, desde el río, desde el arrenal. ¡*Baleak, baleak, baleak!* Corre, corre, corre, las niñas lanzadas como guijarros ladera abajo. Preparados, listos, ya; la carrera de la muerte acaba de empezar. Buscar a los hombres, sacudirlos si duermen. Despierta, despierta, despierta ya. Quien llegue la última pierde, quien no llegue es una perra. Quien no corre, muerta está.

¡Dale fuerte, más fuerte, más!

Las campanas tañen enérgicas y aceleradas. El pueblo entero deja lo que está haciendo, busca el humo en el cielo, escucha los gritos, el coro al que se van sumando las voces. *Baleak, baleak, baleak*. Todos a una. Todos moviéndose al ritmo que marca la canción.





NIÑOS, casi hombres

Basoa oye la canción y duda. No debería dudar, una vez que el movimiento ha empezado nadie puede frenarlo. Una, dos y tres; preparados, listos, ya. Tiene la chamarra en la mano, va a colgarla cerca del fuego para que se seque, pero duda. ¿Debería ponérsela y correr hacia la marina? ¿O correr hacia el bosque? Escapar por la trasera, escabullirse de la riada humana que arrastra hacia el puerto y volver al monte. No tendría que estar en la casa en ese momento, tendría que estar en el bosque, amarrando los troncos y llevando a los bueyes hasta el río. Pero la tormenta enloqueció a los animales y resbalaron cañada abajo sacudiendo las cinchas, uno de ellos lo arrastró y le hirió el muslo. El corte no es profundo, pero aún sangra. Ha limpiado el barro y la mierda de la herida y se ha puesto ropa seca. Si escapa ahora, nadie lo verá; todos corren hacia el mar, nadie hacia el monte. Una, dos y tres; preparados, listos, ya. Vuelve atrás, Basoa, nadie se va a enterar. Una, dos y tres; preparados, listos, ya. Corre, Basoa, corre hacia atrás. Hacia la espesura, contra el horizonte, contra la riada, contra el pueblo y contra el mundo. *Baleak, baleak, baleak*, y el tamboril, y las carreras, y los golpes en las puertas. Despierta, despierta, despierta ya. *Baleak, baleak, baleak*.

Ballenas.

Ballenas.

Ballenas.

No mira la puerta. No mira afuera. Mira las llamas, su baile loco: los rojos, los naranjas y amarillos, la luz que se traga las sombras de la casa, la leña que arde, el bosque que arde, el fuego del infierno, el fuego de la vida.

Una, dos y tres; preparados, listos, ya.

¡Basoa!

